

SS-DF  
47

# DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL SALON DE ACTOS PÚBLICOS DEL INSTITUTO DE SORIA

POR EL CATEDRÁTICO DE RETORICA Y POÉTICA

D. NICOLÁS RABAL Y DIEZ,

EL DIA 25 DE MAYO DE 1881.

CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO DEL POETA

**D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.**



SORIA.

IMPRESA PROVINCIAL.

1881.

B.P. de Soria



61167107  
SS-DF 47

# DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL SALON DE ACTOS PÚBLICOS DEL INSTITUTO DE SORIA

POR EL CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

D. NICOLÁS RABAL Y DIEZ,

EL DÍA 25 DE MAYO DE 1881,

CON MOTIVO DEL SEGUNDO CENTENARIO DEL POETA

**D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.**



BIBLIOTECA PÚBLICA  
DE SORIA  
SECCIÓN DE ESTUDIOS LOCALES

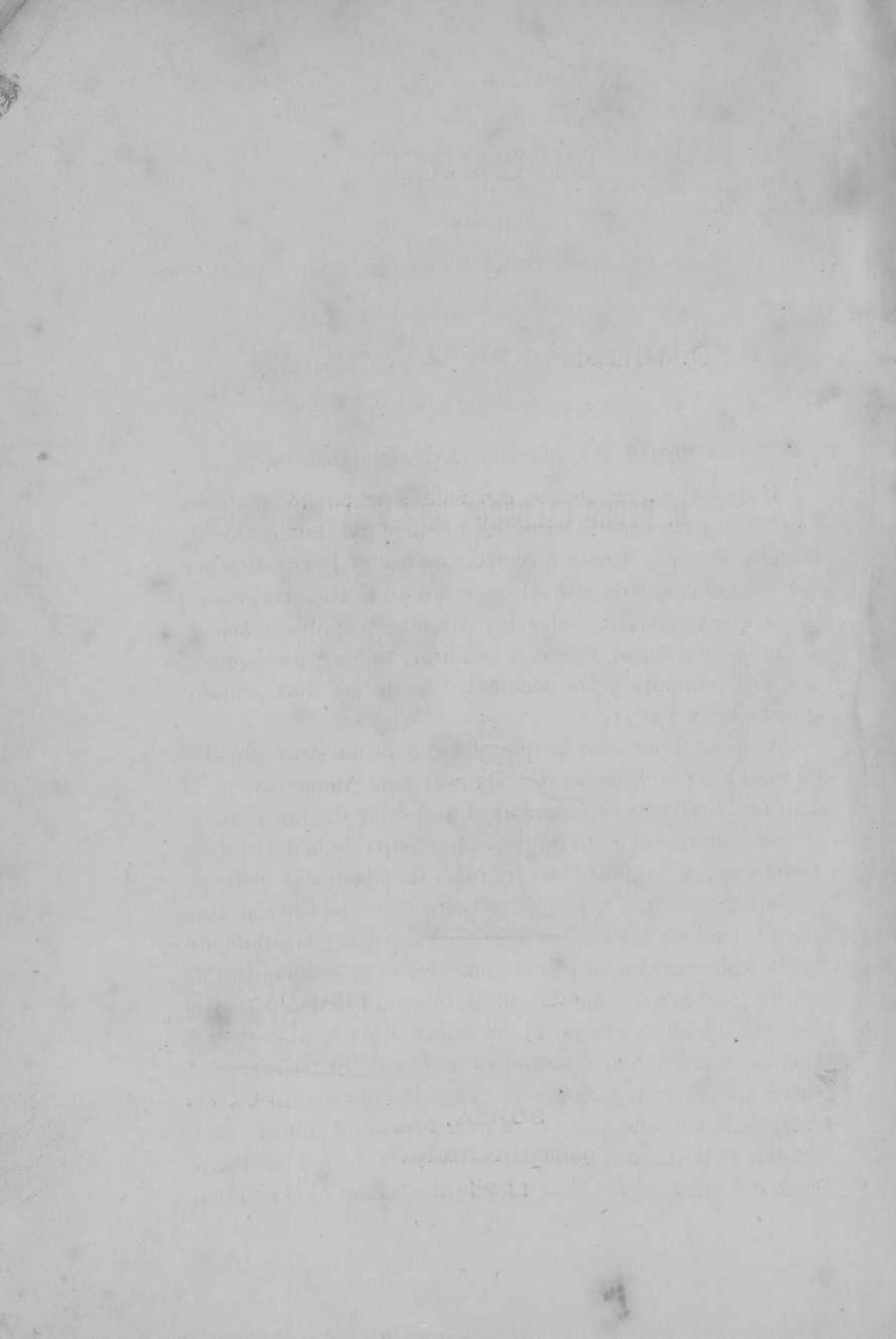
135509

SORIA.

IMPRENTA PROVINCIAL.

1881.

SS-DF  
47



---

---

## SEÑORES:

Hoy es el día en que los españoles, ocupando un turno como nos corresponde entre los pueblos más civilizados de la culta Europa, vamos á realizar un hecho de aquellos que merecen consignarse con letras de oro en la Historia general de las naciones. En todas las capitales y poblaciones de alguna importancia vamos á celebrar, todos á un tiempo, con una pomposa fiesta nacional, una de las más grandes glorias de la Patria.

Y no va á ser esta la que alcanzaron nuestros abuelos en las heróicas defensas de Sagunto y de Numancia; ni la famosa batalla de Covadonga, al despertar del aturdimiento causado por el rudo é inesperado golpe de la derrota del Guadalete; ni la milagrosa victoria de Clavijo al grito de «Santiago y cierra España»; ni las hazañas del Cid Campeador abriéndose paso desde Atienza, Sigüenza y Guadalajara hasta Valencia con su *tizona* y *la colada*; ni la conquista de Sevilla por San Fernando; ni la toma de Granada; ni el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo; ni las victorias de Pavía y San Quintín; ni la derrota de la escuadra turca por nuestras naves en el golfo de Lepanto; ni los esfuerzos de nuestros tercios en las guerras de Flandes y Alemania; ni la defensa heróica de Zaragoza y el 2 de Mayo; ni, por último, tampoco la batalla de Tetuan ni el combate

del Callao: que todas estas glorias, en medio de su grandeza, tienen á los ojos del hombre pensador, para quien en el mundo no hay más que un pueblo, y este es la humanidad, algo que las mancha, mucho que las empaña. Al fin y al cabo todas se han conseguido derramando á torrentes la sangre, y aquella sangre era la sangre de nuestros hermanos.

Otras más grandes y más inmarcesibles son las glorias que vamos á celebrar: estas van á ser las glorias de la paz, las glorias que solo pueden excitar la emulacion y noble envidia, no el deseo de la venganza en los extraños; las glorias literarias, la grandeza de nuestro teatro clásico, sin igual en la historia, y el segundo centenario del príncipe de nuestros poetas dramáticos, el inmortal D. Pedro Calderon de la Barca.

Dicho está, señores, que en Madrid, cuna y sepulcro de este hombre extraordinario, ha de tener lugar lo más vistoso de la fiesta. Allí el jóven Monarca D. Alfonso XII se manifestará digno heredero é imitador de aquellos reyes que, como Alfonso el Sábio y D. Juan II, se distinguieron por su decidida proteccion á las ciencias y á las letras; allí toda la grandeza española hará lujosa ostentacion de sus blasones y de sus inmensas riquezas, haciéndonos recordar la fastuosa corte del Rey Felipe IV; allí las sábias Academias adjudicarán honrosos premios á los vencedores en los certámenes científicos y literarios; allí los mejores oradores y los más renombrados poetas agotarán su inspiracion y su elocuencia; allí, por fin, las legaciones extranjeras, las comisiones de provincias y la más numerosa concurrencia.

Pero no serán ménos dignas de verse y admirarse las manifestaciones, cada cual más original y más variada, que tendrán lugar en otros centros, sobre todo en las diferentes capitales de provincia. Aún más; discurro que la fiesta no aparecerá en todo su esplendor ni en toda su grandeza, sino cuando la contemplemos en conjunto mediante la lectu-

ra de las minuciosas descripciones que de todas partes nos harán los periódicos ilustrados. Precioso será, sobre todo, el cuadro que aparecerá á nuestra vista cuando, recorriendo con nuestra imaginacion el vasto campo que se extiende desde el puerto de Barcelona hasta la bahía de Cádiz, desde las costas de Galicia hasta las playas de Málaga, las vecinas islas Baleares y Canarias, y más allá en el Océano las regiones de América y Asia, que aún forman parte integrante de la patria, contemplemos á la vez los doce paranifos de nuestras universidades y los sesenta y cinco salones de actos públicos de nuestros institutos, invadidos por una inmensa multitud, deseosa de ver cómo otros tantos profesores ensalzamos la nobleza del arte y de la ciencia, y hacemos la apoteosis del poeta.

Lástima, señores, que por la circunstancia casual de ser yo el profesor oficial de Literatura y tratarse de un poeta dramático, me haya visto obligado á aceptar la innmerecida honra y el difícil empeño de ser uno de estos panegiristas, y dirigiros con este motivo la palabra; porque ni mi discurso ha de corresponder á la importancia del objeto, ni yo he de lograr satisfacer las justas exigencias de los que como vosotros estais acostumbrados á escuchar la elocuente voz de los distinguidos oradores que, con motivo de otros actos académicos, me han precedido en esta respetuosa tribuna. Forzoso, pues, será que tolereis mi impertinencia, y con vuestro talento y sentimiento suplais lo que me falte á mí de inspiracion y de elocuencia.

Una sucinta reseña biográfica y un breve juicio crítico del poeta Calderon, es lo más oportuno en este momento, y lo que, á no dudar, esperareis que salga de mis labios. Lo primero es muy fácil, porque todo el trabajo se reduce á resumir en pocas palabras lo que todos los biógrafos de este gran ingenio han repetido. Lo segundo es difícil, porque no procede ni se trata aquí de ningun modo de un juicio

crítico original mio, sino de otro trabajo más modesto, pero no menos costoso, cual es de poner en parangon los diferentes juicios que por los sabios críticos se han dado y determinan en su manifiesta contradicción cuál tiene visos de más imparcial y verdadero.

Afortunadamente los últimos adelantos de la ciencia Estética y de la filosofía de la Historia facilitan este trabajo, porque por estos mismos adelantos se conocen hoy mejor que nunca los principios eternos de la belleza y el arte, y las leyes invariables del buen gusto; pero la importancia y fama de los escritores que hasta hoy han emitido su juicio sobre el teatro español del siglo XVII y sobre las obras de nuestros principales dramáticos son tales, que yo no puedo prescindir de enumerarlos. Así no haré otra cosa, propiamente hablando, más que un juicio crítico de los juicios críticos que ellos nos dejaron, si bien en último término vendrá á aparecer el que yo me haya formado.

D. Pedro Calderon de la Barca nació en Madrid, y en noble cuna, el 17 de Enero del año 1600. Fueron sus padres D. Diego, Señor de Calderon y Sotillo, y Doña Ana María de Enao, familia de hidalgos originarios del valle de Carriedo en las montañas de Búrgos. A los 9 años pusieronle sus padres á estudiar gramática en el colegio imperial de la Compañía de Jesus; á los 15 pasó á Salamanca, donde en cinco años aprendió cuanto en aquella Universidad se enseñaba, y vuelto á Madrid completó con el trato cortesano su educacion. A los seis años despues abrazó la carrera de las armas, como era costumbre en la juventud, sin dejar el cultivo de las letras, y tomó parte en las guerras de Milan y de Flandes. En 1633 dejó las armas, porque el rey Felipe IV le nombró poeta cesareo ó cortesano, y al siguiente fué agraciado con el hábito de la Orden de Santiago. Así permaneció hasta el año 1640, en que saliendo á campaña las órdenes militares, y no queriendo el rey que él partiera,

á fin de que concluyera una comedia (*Certámen de Amor y Celos*) que le tenía encargada, movido por el pundonor se dió cuanta prisa pudo, y terminada, siguió á sus compañeros á Cataluña, donde sentó plaza en la compañía del Conde Duque de Olivares. Ajustada la paz volvió á la córte, donde el rey le recompensó con una pension de 50 escudos mensuales, consignados al arma de Artillería. La caída del Conde Duque causó la suya, y se retiró con él á Alba de Tormes; mas este destierro duró poco, pues en 1649 fué otra vez llamado por Felipe IV para describir las fiestas con que debian celebrarse sus bodas con Doña María Ana de Austria. En 1651 se hizo sacerdote, y al siguiente se le agració con una de las capellanías de los tres nuevos reyes de Toledo; pero, para que no abandonara la córte, se le nombró en seguida Capellan de honor en palacio, á lo que se agregó otra pension en Sicilia, conservándole todos los sueldos. Por último, en 1665 fué recibido por congregante en la venerabilísima congregacion del glorioso apostol San Pedro de Presbíteros naturales de esta Córte, de la que fué electo á los tres años Capellan mayor, y el 81, agradecido, le dejó el remanente de sus bienes, que primero debian pasar á su hermana Doña Dorotea, monja de Toledo. El 25 de Mayo de este año dejó de existir, con sentimiento de propios y de extraños, que consideraron su muerte como una desgracia nacional.

A esto se reduce todo lo que se sabe de la vida de Calderon. Es tradicion piadosa, con referencia á su hermana que aseguraba habérselo oído á sus padres, que este ingenio lloró tres veces en el seno materno, como si viniera al mundo con la tristeza, quien como nuevo sol lo habia de llenar de alegrías. Júzgase, y esto por unos versos en que parece manifestar que por unos celos habia recibido una cuchillada en la sien, que debió llevar una mocedad azarosa, cosa muy comun en la juventud de su tiempo. Su-

pónesele como militar el valor personal y el honor, aun cuando ninguno hace mérito de sus hechos de armas, al ver su voluntario alistamiento para las campañas de Milan y Flandes; pero sobre todo en la de Cataluña, de la cual hubiera podido excusarse; y júzgase tambien con fundamento que fué un verdadero modelo como sacerdote, puesto que á su muerte, segun un biógrafo, hubiera sido beatificado, á no haberse opuesto la sospechosa Compañía de Jesus.

Pero en lo que Calderon aparece verdaderamente grande y á lo que debe toda su fama, es á su inmenso talento como poeta dramático. A la tierna edad de 15 años ya dió muestra de su ingenio con su primera produccion titulada *El Carro del Cielo*; á los 19 llamaba extraordinariamente la atencion por su comedia religiosa *La devocion de la Cruz*; á los 35 ya habia eclipsado la gloria de todos sus contemporáneos, y merecia el honroso título de poeta cortesano, segun ántes se ha indicado; y al morir dejaba, sin contar otras obras de ménos importancia, loas, zarzuelas y entremeses, una coleccion monumental de 111 comedias formales, segun unos, ó 120 segun otros, y 70 Autos Sacramentales.

En las comedias, imitando á Lope de Vega y sus contemporáneos en la fecundidad, presenta una série de cuadros tan rica y tan variada, que los críticos se ven embarazados para hacer de ellas una clasificacion exacta y regular. Unas veces traslada á la escena, con el aparato mágico que es consiguiente, las fábulas de la Mitología: tal sucede en las que llevan los títulos de *Ni Amor se libra de amor*, *El mayor encanto amor*, *Los tres mayores prodigios*, *La estatua de Prometeo*, *Apolo en Climede* y *El Hijo del Sol*. Otras funda sus argumentos en algun suceso histórico, como se ve en *El Tetrarca de Jerusalem*, *El sitio de Bredá*, *Judas Macabeo* y *El segundo Escipion*. En algunas presenta los efectos de una violenta pasion, elevándose hasta la tragedia: tal

sucede en *El Alcalde de Zalamea*, *El Médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, *Luis Perez el gallego* y *La niña de Gomez Arias*. Las hay semihistóricas que se apoyan en alguna leyenda religiosa ó vidas de santos, como *La devocion de la Cruz*, *El purgatorio de San Patricio*, *Las cadenas del demonio* y *Los dos amantes del Cielo*. En algunas otras presenta un problema social ó de filosofía trascendental al que da su debida solucion, de cuya clase son *La vida es sueño* y *El mágico prodigioso*. En otras tambien toma sus argumentos de los poemas caballerescos, como lo hace en *La puente de Mantible*, *El jardin de Falerina*, *El castillo de Lindabridis* y en *Hado y divisa de Leonido y Marfisa*, esta última compuesta poco ántes de su muerte. Por último, en otras muchas, que son las más, conocidas con el título genérico de comedias de capa y espada, denominadas así por el trage de sus personajes, pinta preciosos cuadros de costumbres, reflejando el carácter leal y caballeresco de los españoles de su tiempo. De este género son: *La dama duende*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *Antes que todo es mi dama*, *El escondido y la tapada*, *No hay burlas con el amor*, *Mañanas de Abril y Mayo*, *Cuál es mayor perfeccion*, *No siempre lo peor es cierto*, *El astrólogo fingido* y *El secreto á voces*.

En los Autos Sacramentales desarrolla toda la ciencia teológica, exponiendo los misterios de nuestra religion segun el dogma católico. Eran estos Autos unas representaciones religiosas que tenian lugar al aire libre en la festividad anual del *Corpus Christi*. Delante del Palacio Real y de las casas consistoriales, y con el tiempo en otros puntos, se alzaban espaciosos tablados en los cuales se improvisaba el escenario segun lo exigia la obra que habia de ser representada. En carros tirados por bueyes con melenas y cuernos dorados, iban los representantes vestidos como habian de aparecer en la escena y seguidos de numeroso acompa-

ñamiento. Los carros figurando altas torres, castillos, globos, rocas ó nubes segun lo exigia el asunto, se acercaban hasta unirse con el tablado y completaban la decoracion. El libreto, pues la composicion era por lo general dramático-lirica, se fundaba en algun pasaje de la Sagrada Escritura, pero siempre venía á concluir como tema obligado en la exaltacion y adoracion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Los personajes eran casi todos alegóricos: el Pensamiento, el Entendimiento, el Error, la Vanidad, la Idolatría, la Culpa y otras ideas abstractas personificadas en la forma humana de uno ú otro sexo con los atributos exteriores que facilitaban el distinguirlos á la simple vista. Por último, las apariciones, movimientos y demás aparato exigian costosos gastos y preparativos que entretenian á los Comisarios organizadores desde el dia de Pascua hasta el mismo de la fiesta.

Llegado el dia, y prévios los ensayos á que acudian muchas personas de ambos sexos con privilegio especial y á puerta cerrada en los corrales de la villa, donde se preparaban los carros, se hacía la representacion pública en los sitios ántes indicados. Y unas veces era lo que se representaba *La cena del Rey Baltasar*, en la cual éste, envenenado por la Muerte disfrazada y confundida con los servidores del festin, veia ántes de morir cómo de las nubes salia la terrible mano que escribia en la pared las fatídicas palabras de *mane, techel, phares*, terminando por aparecer sobre la mesa los divinos manjares en la hostia y el cáliz. Otras, parodiando la célebre comedia de *La vida es sueño*, el hombre, en la persona de Segismundo, aparecia encadenado por el Pecado en la gruta de cuya esclavitud era librado por la Gracia; y otras el *Divino Mercader* traía á flote en una nave, cuyo timonero era el Amor, la rica mercancía de trigo y vino con la cual pagaba al hombre sus deudas y le rescataba. De este modo, envueltos en la ingeniosa forma de la

alegoría, se ponian en escena los más sublimes misterios de nuestra religion.

¿Qué mérito tenian estas composiciones, lo mismo las comedias que los Autos Sacramentales? Esto es lo que hay que dilucidar, porque no son entre los críticos unas mismas las opiniones. En cuanto á los Autos, preciso es confesar que pasó su tiempo, y aún cuando la crítica moderna reconoce en ellos un gran mérito, según algunos el más inestimable de las obras de Calderon, no son bastantes para justificar en él el título de príncipe de nuestros poetas dramáticos. Los misterios sublimes y dogmas de nuestra religion no pueden ser hoy directamente representados; únicamente pudieron serlo, sin cometer una profanacion, en unos tiempos de exaltacion religiosa como lo eran los de Calderon: hoy tan solo cabe cantarlos en la oda sagrada y celebrarlos en el templo bajo la forma simbólica de las ceremonias religiosas, forma obscura, difícil de comprender por el pueblo y en una lengua sagrada desconocida para él, pero cuyo sentido explica despues detenida y claramente el predicador. Así los Autos permanecen hoy archivados en las bibliotecas, sin que sean conocidos apénas más que por los eruditos, quienes los admiran como preciosas antigüedades que solo tienen mérito para aquel que conoce su valor. Pero las comedias, aún no se han hecho antiguas despues de dos siglos; sus títulos como *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *El secreto á voces*, y otros, son proverbiales entre nosotros; sus argumentos viven y vivirán siempre en la memoria del pueblo español, y trozos enteros de sus versos, sobre todo las primeras décimas de *La vida es sueño*, se recitan íntegras á cada paso por todos, debido á la profundidad filosófica que encierran y á su universal aplicacion.

No están, sin embargo, todos conformes, ni aprecian del mismo modo el mérito de las comedias de Calderon. Los críticos del siglo XVIII D. Ignacio de Luzan, D. Blas

Nasarre, D. Nicolás y Don Leandro de Moratin y el historiador francés Sismondi, partidarios de las reglas aristotélicas, desconocen el mérito de todos nuestros poetas del siglo XVII, y acusan á Calderon con el severo código de la Retórica y Poética como reo de imperdonables delitos literarios. En cambio los críticos modernos, entre los que figuran Don Ramon Mesoneros Romanos, D. Antonio Gil y Zárate, Don Francisco Martinez de la Rosa y el alemán Shegel, encomian sus obras, y á la luz de la ciencia Estética admiran sus bellezas hasta con entusiasmo. La cuestion, pues, para el caso presente está en determinar primero, si nuestro teatro del siglo XVII es ó no verdaderamente clásico, y en seguida ver si Calderon adolece en sus obras, como los críticos primeros citados pretenden, de tantos y tan imperdonables defectos.

Pocos años ántes que apareciera Calderon en la escena, creaba el gran Lope de Vega el teatro español, primer modelo del teatro moderno. El arte nuevo de hacer comedias, que él llamaba imperfecto, era el verdadero arte que más tarde la crítica habia de declarar perfecto y el vulgo necio á quien, *pues lo pagaba, era justo hablarle en necio para darle gusto*, era el vulgo sabio que, sin darse cuenta, dictaba con sus aplausos á Lope las más puras reglas. Hasta entónces se creia que no habia otro medio para arreglar una composicion dramática perfecta, que sujetarse estrictamente á las reglas espuestas por Aristóteles. No podian darse en la dramática más que dos géneros diametralmente opuestos: la tragedia pura y la pura comedia. En la primera intervenian solamente altos personajes, en la segunda eran todos de condicion humilde: en aquélla, el hombre, impulsado por el hado ó por una violenta pasion, acometia una empresa heróica en la que, sucumbiendo ante los obstáculos que se le ponian delante, excitaba en el espectador el terror y la compasion; en ésta, impulsado por una pasion inconveniente, acometia una empresa ridícula, en la cual,

quedando frustrados todos sus planes, excitaba la risa y el buen humor. En una y otra se recomendaba la sencillez del argumento, y se exigía rigurosamente las dos unidades de tiempo y de lugar, no permitiéndole al poeta presentar más escenas que las que pudieran tener lugar de sol á sol, ni variar de decoracion en toda la obra.

Ensayaban los poetas eruditos tragedias por el estilo de las de Schilo, Sophocles y Eurípides, y traducian ó imitaban las comedias de Aristófanes y Menandro, griegos, ó las de Plauto y Terencio, latinos. Pero esto no gustaba al pueblo, que preferia las farsas sencillas originales, escritas sin orden ni concierto. Lope de Vega, mezclando la comedia con la tragedia, introduciendo en la escena toda clase de personajes á un tiempo, complicando el argumento, eligiendo asuntos que suponian el trascurso de un tiempo ilimitado, y cambiando de lugar ó de decoracion en cada acto y áun en medio de una escena, obtuvo los más ruidosos aplausos, y la tragedia y comedia clásicas antiguas cayeron en el olvido.

Esta reforma introducida por Lope era un adelanto en el arte. La poesía dramática es el género más completo del arte literario. Su fin es la representacion poética de un cuadro de la vida, es decir, la manifestacion más perfecta de la belleza humana. El drama será una obra acabada y perfecta cuando presente con la mayor verosimilitud posible al hombre en los momentos más bellos de la vida. Estos momentos son aquellos en que, impulsado por los sentimientos más nobles de su corazon y sometido á las influencias y circunstancias que le rodean, sigue sereno y libre bajo la dependencia de Dios la corriente de su destino.

De este principio fundamental se deduce la necesidad de la lucha en toda composicion dramática, porque la lucha es la vida; y de aquí el enredo y la trama, que será mejor cuanto más creciente marche hasta el fin y más complicada

dentro de los límites que marque la claridad. De aquí también el por qué, aparte de otras pasiones, la del amor es la que más domina, porque esta es casi la única pasión de la mujer, y la mujer figura siempre en el drama, como que es la mitad de la especie humana. De aquí, por fin, también se deduce lógicamente el por qué la poesía dramática no puede encerrarse en las estrechas redes de las reglas aristotélicas, ni sujetarse á la rigurosa ley de las tres unidades, ni limitarse exclusivamente á las dos manifestaciones típicas de la tragedia pura y pura comedia clásicas.

En la vida del hombre no se dan realmente ni las escenas trágicas puras, ni las puramente cómicas; lo cómico y lo trágico andan mezclados siempre en armónica confusión: si, pues, la poesía dramática ha de llenar sus fines, preciso es que el poeta presente el ideal de esta vida variado, complicado y armónico, con toda clase de personajes, altos y humildes, sentimentales y graciosos, y con toda clase de escenas, ya trágicas, ya cómicas á la vez.

En la vida también se realizan los hechos bajo dos condiciones precisas, la del tiempo y la del espacio. No hay tampoco para qué escatimar al poeta estos dos elementos, como lo hace la escuela clásica, obligándole á no presentar más sucesos que los que hayan podido tener lugar de sol á sol, y á no variar de decoración en toda la obra.

Lope de Vega, saltando por cima de las reglas aristotélicas, abolió la ley tiránica de las tres unidades, conquistando para el poeta dramático la fecunda libertad. Y sacudido este yugo recorrió libremente el campo de la poesía, haciendo á todos los géneros tributarios del arte dramático; y de los romances históricos, moriscos, caballerescos y satíricos, de los poemas heróicos y religiosos, sacaron argumentos para sus obras, él á miles y á cientos sus contemporáneos.

Calderon recogió esta herencia, y, con un talento como

no lo ha tenido poeta dramático alguno, presentó en sus innumerables obras como en compendio el Teatro español con una riqueza de producciones y con una perfeccion tales, que no ha tenido igual en ninguna de las demás naciones. Ménos trágico que Shakspeare, pero más humano en las fuertes pasiones; sin tanta vis cómica como Tirso de Molina y Moliere en los graciosos de sus comedias, pero siempre haciendo asomar la sonrisa en los labios; tan profundo como Goethe, el más fecundo despues de Lope y superior á todos en la invencion, en el arreglo de la trama y en el encanto de la versificacion, demostró prácticamente que en el drama pueden representarse todos los momentos de la vida humana, y que el poeta dramático puede hacer alarde del encanto de la rima intercalando entre el sencillo romance las más variadas estrofas líricas. En sus obras, pues, marca el apogeo del teatro español, sin que en las demás naciones tenga realmente competidor.

Este resultado, á que hemos llegado por un razonamiento tan breve y sencillo como exacto, lo vemos confirmado hasta por los mismos críticos que más en tela de juicio han puesto el mérito de Calderon. D. Ignacio de Luzan, uno de sus más severos censores, no puede menos de confesar que posee el arte primero de todos, el de interesar al espectador llevándole de escena en escena ansioso de ver el fin, y que no habiendo otro que le iguale ni en esto ni en el encanto de la versificacion, no puede ménos de reputársele por el primero de nuestros poetas dramáticos. D. Blas Nasarre, á la vez que se lamenta de que sus contemporáneos le levantáran estátuas como á un Dios, confiesa que tiene cosas inimitables; y D. Nicolás y D. Leandro de Moratin, si bien reputándolo como defecto, afirman que su trama es muy complicada y su versificacion en extremo elevada. Los demás ya citados ántes, entusiastas admiradores de nuestro teatro del siglo XVII, haciéndole más justicia, admiran sus

bellezas y le consideran como el más grande de los poetas de primer orden.

Mucho dicen, tratándose de críticos tan respetables, en pro de la grandeza de Calderon, los espontáneos aplausos de los unos y la forzosa confesion de los otros; pero ni áun tendríamos necesidad de recurrir á tan autorizadas opiniones si por nosotros mismos examináramos una por una las obras de Calderon. Cuando por entretenimiento ó por estudio se dedica uno á su lectura, no se acierta á dejar el libro de las manos. Desde las primeras escenas se siente el interés y comienza la trama, engolfándose en seguida el lector en un laberinto de escenas cada cual más nueva, más dramática y más rara. Pero en medio de este laberinto no se pierde el lector, presentándose siempre el campo recorrido con claridad á su vista: lo que no se ve ni se adivina hasta el fin es el desenlace. Esto es lo que más grande tiene Calderon en sus obras, y en lo que nadie le ha igualado hasta ahora. Generalmente introduce dos damas y dos galanes con su doble acompañamiento de criadas, criados, hermanos mayores ó padres, y con estas combinaciones cuaternarias forma un enredo complicado, pero con tanta habilidad, que el lector sigue sin fatiga el hilo de la trama. Los tipos todos, lo mismo del hombre que de la mujer, son siempre simpáticos, sin que decaiga el interés, y la mezcla de lo trágico y lo cómico marcha con tal ingenio que el espectador no experimenta el terror convulsivo de la tragedia antigua ni la risa inmoderada de la comedia, sino el dulce placer del que contempla una escena que le interesa y agrada.

Con frecuencia sorprende al lector una escena natural y sencilla; pero tan interesante y bella, que excita á la vez el anhelo de ver el fin y el deseo de que no acabe. Si á esto se agrega la viveza del diálogo y el encanto de la versificación, fácilmente se comprenderá cómo despues de dos si-

glos aún admiran y gustan cuando se leen las comedias de Calderon.

Si no se tratára aquí de un ligero discurso, compuesto para ser pronunciado en el preciso término de unos cuantos minutos, haria yo el análisis de las principales comedias, y os trasladaria íntegras algunas de sus escenas, con lo cual quedaria todo lo dicho ántes evidentemente demostrado. Con todo, aunque sea brevemente y á riesgo de molestaros, voy á hacerlo de una tan solo, en la cual han reparado pocos, pero que merece ser conocida de todos por el profundo talento y gran concepcion que revela en su autor. Es esta la que lleva por título *El Mágico prodigioso*, drama muy parecido al famoso *Fausto*, del poeta aleman Gœthe.

Cipriano, jóven simpático, conocido y admirado en la ciudad de Antioquía por su talento y aficion al estudio en tiempo del Emperador romano Decio, retirado con sus libros en un sitio ameno, extramuros de la ciudad, mientras en ésta la multitud celebra con toda pompa la dedicacion de un templo nuevo á Júpiter, medita sobre la definicion de Dios que encuentra en las obras de Plinio, y discurre por ver de averiguar cuál sea el verdadero, pues la definicion no conviene á ninguno de los del paganismo. El Demonio, temiendo el daño que Cipriano hará al gentilismo si logra descubrir la verdad, se le aparece bajo la forma de un comerciante que, caminando hacia Antioquía con el fin de evacuar sus negocios, ha perdido el camino; y entablado con todo disimulo la polémica, trata de convencerle de que los dioses de la gentilidad son verdaderos. Cipriano le replica y le vence con sus razonamientos, y el Demonio entónces se retira, proponiéndose interiormente aplazar la cuestion y llevarle á otro terreno donde espera vencerle, al terreno del amor, donde el hombre pierde el juicio y la razon.

Al poco tiempo llegan á donde está Cipriano dos amigos de éste, Lelio y Floro, el uno hijo del Gobernador de An-

tioquía y el otro noble vástago de la ilustre familia de los Colaltos, quienes desnudando las espadas se disponen para matarse. La causa del duelo es que ámbos se disputan la mano de Justina, dama muy distinguida, más que por su riquezas y nobleza, por su virtud y su hermosura. Colocándose en medio de los dos Cipriano, les convence con su talento de lo inmotivado del duelo, toda vez que, según ellos mismos confiesan, ninguno de los dos ha merecido hasta aquel momento de Justina más que desdenes, y aplazando la contienda, les promete servir de mediador y obtener de la misma la elección de uno de los dos.

Al presentarse Cipriano ante Justina, se enamora de tal manera que, después de solicitar su mano en nombre de sus amigos, hace en el suyo la misma pretensión y le ruega que haga libremente la elección. Rechazada decididamente, pero con dulzura, por Justina la petición de los tres, Cipriano no desmaya por eso, y á los pocos días, encontrándose en la puerta de su casa, repite la declaración. Segunda vez es rechazado por Justina, pero en estos significativos términos:

Si días, si meses y años,  
A mis umbrales estais,  
No espereis que á ellos oigais  
Sino solo desengaños.

Porque es mi rigor de suerte,  
De suerte mis males fieros,  
Que es imposible quereros,  
Cipriano, hasta la muerte.

Corto le parece á Cipriano este plazo para sus esperanzas, y satisfecho le dice:

Pues empezad á querer,  
Que ya empiezo yo á morir.

Fijo desde este momento en Justina el pensamiento de

Cipriano, crece de día en día la pasión, en términos que estando á solas prorrumpen en estas naturales frases:

Y tanto aquesta pasión  
Arrastra mi pensamiento,  
Tanto, ay de mí, este tormento  
Lleva mi imaginación,  
.....

Que ya rendido y sujeto  
A penar y padecer,  
Por gozar esta mujer  
Diera el alma...

—Y yo la acepto,

contesta el Demonio apareciéndosele segunda vez. Yo puedo, añade, darte la posesión de Justina si, como prometes, me entregas tu alma; y Cipriano, olvidándose de su ciencia hace con el Demonio un pacto formal que firma en el acto, sirviéndose por tinta de su misma sangre.

Retíranse Cipriano y el Demonio por espacio de un año, que es el plazo señalado, á una cueva, y en ella éste enseña á aquél la ciencia mágica de los prodigios, por la cual puede á su voluntad trasladar los montes, y hacer que en un momento aparezcan á su presencia las personas ausentes. Entretanto crece también la pasión en Justina, á la cual todos cuantos objetos vé le hacen recordar á Cipriano. Así lo manifiesta ella misma á solas en su gabinete:

Pesada imaginación,  
Al parecer lisonjera,  
¿Cuándo te he dado ocasión  
Para que desta manera  
Aflijas mi corazón?  
¿Cuál es la causa en rigor  
De este fuego, de este ardor  
¿Que en mí por momentos crece?  
Qué dolor el que padece  
Mi sentido?....

—Amor, amor.

contesta un coro de espíritus infernales que Justina no oye,  
y ésta prosigue:

Aquel ruiseñor amante  
Es quien respuesta me da,  
Enamorando constante  
A su consorte que está  
Un ramo más adelante.

Calla, ruiseñor, no aquí  
Imaginar me hagas ya  
Por las quejas que te oí,  
Cómo un hombre sentirá  
Si siente un pájaro así.

Mas no, una vid fué lasciva  
Que buscando fugitiva  
Va al tronco donde se enlaza,  
Siendo el verdor con que abraza  
El peso con que fatiga.

No así con verdes abrazos  
Me hagas pensar en quien amas,  
Vid, que dudaré en tus lazos  
Si así abrazan unas ramas  
Como enraman unos brazos.

Y si no es la vid, será  
Aquel girasol que está  
Viendo cara á cara al sol  
Tras cuyo hermoso arrebol  
Siempre moviéndose va.

No sigas, no, tus enojos  
Flor con marchitos despojos,  
Que pensarán mis congojas,  
Si así lloran unas hojas  
Cómo lloran unos ojos.

Cesa, amante ruiseñor,  
Desúnete, vid frondosa,  
Párate, inconstante flor,  
O decid, ¿qué venenosa  
Fuerza usais?...

—Amor, amor,

contesta segunda vez el coro infernal, y así continúa luchando con su pasión.

Pero Justina es cristiana, y, aún cuando siente los efectos de la tentación, procura desechar la idea que le ha asaltado de partir en busca de Cipriano. El Demonio entonces, desesperado, se presenta á ella sin rebozo y le promete llevarla donde está su amante, añadiendo para más convencerla que, una vez que ha pecado con el pensamiento, ya no debe detenerse en la pendiente en que está colocada. Justina le replica diciendo que en el pensamiento aún no hay pecado, porque no hay libre albedrío, y el demonio trata de llevarla á viva fuerza, tomándola de la mano; pero Justina pronuncia el nombre de Dios, y el enemigo huye precipitadamente. Vencida la tentación, Justina toma su amante, y se dirige al templo oculto de los cristianos para asegurar con la oración la paz de su alma.

Como en las comedias de aquel tiempo era de rigor que los criados parodiáran las costumbres de sus amos, entre estas escenas tan sentimentales, alternan otras cómicas, en las que Clarin y Moscon, criados de Cipriano, solicitan juntos los amores de Libia, criada de Justina, y ella, ménos escrupulosa que su ama, acepta el trato de ambos, prometiendo y cumpliendo fielmente amarlos á días.

El Demonio, rechazado por Justina, vuelve al lado de Cipriano, á quien encuentra echando mano ya de los conjuros que le enseñó para evocar á Justina; mas como no puede llevársela en persona, se vale de un espíritu infernal que, tomando su forma, viene á su presencia. Cipriano que ve la fingida Justina, se precipita á ella y la abraza; mas al tratar de descubrirle el rostro que llevaba cubierto con el manto, se encuentra con un esqueleto. Al ver este desengaño Cipriano, increpa al Demonio y le pide la rescisión de su contrato. El demonio se resiste; pero él, valiéndose de sus mismos conjuros, le provoca á que explique cómo no le

trae á Justina segun lo convenido. La contestacion que el espíritu infernal dá, es que su poder no alcanza al libre albedrío, y ménos á Justina, á quien defiende su Dios, que es el de los cristianos.

Al oír esto Cipriano, se arrepiente, preséntase al Gobernador de Antioquía, y le dice que desde aquel momento abjura de los falsos dioses, porque sólo adora al Dios de los cristianos. El Gobernador, cumpliendo el decreto de persecucion á los cristianos, dado por Decio, pone preso á Cipriano, pero ordena que traigan á su presencia á Justina, presa tambien ya por su culto, esperando que el deseo de vivir para amarse les haga arrepentirse á ambos.

Una tierna escena se ofrece á la vista del espectador al llegar este momento. Justina teme al reconocer á Cipriano otra nueva tentacion, pero al fin oye de su boca que tambien es cristiano, y entónces confiesa el puro amor que desde el principio le profesaba, el cual, como un dia le dijo, era imposible hasta la muerte. Así se realiza este, recibiendo ambos la corona del martirio.

Si este drama tuviera la versificacion de *La vida es sueño*, sería, á no dudar, la mejor obra de Calderon y la más sublime concepcion del ingenio humano. El tipo de Cipriano es aún más natural que el de Fausto. Jóven y simpático, no es preciso que el Demonio lo rejuvenezca para inspirarle el amor. El Demonio que tienta á Cipriano es algo más sombrío que el Mefistófeles; pero Justina és jóven, pobre, hermosa y enamorada como Margarita, con la diferencia de que esta, si bien se purifica por el sufrimiento y su pecado tiene disculpa, pues segun ella dicé al pié de la fuente, su Fausto *era tan hechicero*.... al fin cede á la seduccion, mas Justina se conserva hasta la muerte en toda su pureza. El problema que Gœthe no logra resolver en el *Fausto*, Calderon lo resuelve cumplidamente en *El Mágico prodigioso*: la verdadera ciencia del hombre, segun este

drama, está en la pura creencia de Dios tal como la profesa nuestra religion. No puede darse apología mejor del cristianismo, ni pensamiento más grande: de nada sirve al hombre la ciencia, sin la virtud y la gracia. Yo creo que no es inferior *El Mágico prodigioso* al drama *La vida es sueño*, y juzgo en mi pobre opinion que en el fondo vale tanto como el mismo *Fausto*.

Pero al lado de estas bellezas, tiene Calderon en concepto de Luzan, los Moratines y del crítico francés Sismondi, defectos que le colocan muy debajo del puesto á que lo elevaron sus contemporáneos, y es, á juicio de ellos, el mayor corruptor del teatro, y el poeta dramático más extravagante. El primero y más notable segun estos críticos es la inverosimilitud. En él todo es falso y exagerado: cambia el lugar de la escena á cada momento, hace recorrer á sus personajes leguas enteras en minutos, hace puertos de mar las poblaciones del interior, viste los personajes históricos á la española y á la moderna, pinta en las comedias de capa y espada unos galanes y unas damas que no existieron, y unas costumbres españolas que tampoco son las del siglo XVII. El segundo defecto que le achacan es el de la inmoralidad. Los galanes se dan de cuchilladas á cada paso, y las damas, bajo el hipócrita manto del honor y la virtud, son el tipo de la liviandad, burlan la vigilancia de sus padres, y pasan la noche en amoroso trato dentro de su mismo aposento con sus amantes; abandonan su casa, y tapadas con el manto vagan por calles oscuras en pos de su seductor. Otro de los defectos que estos críticos encuentran en sus obras es el de que, entre tantos, no presenta en sus protagonistas ningun tipo, ningun carácter que sea el retrato de alguna de las clases sociales. Y por último, el lenguaje y estilo que pone en boca de sus personajes es unas veces demasiado elevado, con parlamentos y discreteos metafísicos interminables impropios de las situa-

ciones, otras tan descuidado que raya en el desaliño, y muchas conceptuoso y oscuro de una manera notable.

Cualquiera á primera vista se dejaría sorprender por la opinion de críticos tan notables; pero como los cánones literarios no son los mismos hoy que en tiempo de Luzan y de los críticos del siglo XVIII, fácilmente podemos convencer-nos de que todos estos defectos, unos no existen, otros son un nuevo mérito que aumenta la gloria de Calderon, y otros deben despreciarse por insignificantes.

Que Calderon falta á la verosimilitud, cambiando de decoracion ó de local á cada escena. Ya hemos demostrado que el tiempo y el espacio son dos condiciones esenciales para la realizacion de los sucesos, y que si el argumento lo exige, no puede de ningun modo escatimársele al poeta esta licencia si ha de presentar todos los cuadros de la vida que encuentre interesantes.

Que en los dramas históricos no hay toda la verdad debida, y que hace á Jerusalem puerto de mar, á Leon poblacion de Galicia y otros errores semejantes. Este defecto es cierto, pero en Calderon era de todo punto inevitable. El poeta dramático que en sus comedias de actualidad y de costumbres proporciona al historiador una fuente abundante de sucesos, y le da luz para explicar con claridad todos los acontecimientos, necesita á su vez cuando se trata de un drama histórico, que este le preste los materiales todos para su argumento. Ni Calderon, ni Shakspeare mismo ni ningun otro poeta ha podido hasta ahora lograr en sus dramas históricos toda la verdad y semejanza que fuera de desear, porque hasta hoy no se ha empezado á conocer real y verdaderamente la historia de la antigüedad. Las narraciones é historias de que Calderon y todos los poetas de su tiempo pudieron valerse para sus dramas históricos, presentan los hechos desnudos y descarnados. En ninguna, por extensa que sea, se ofrecen esos minuciosos detalles, descripciones

de países y pueblos, estado de la civilización y cultura, religión, ciencias y artes, comercio é industria, usos y costumbres privadas y públicas, que es lo que da colorido á las narraciones y caracteriza una época histórica. Si el poeta dramático no encontraba en las historias estos datos, por necesidad había de inventarlos. Así Calderon se ajusta cuanto puede en su *Tetrarrea de Jerusalem* á la narración de Flavio Josefo sobre los celos de Herodes por su esposa Marianne; pero el gracioso Polidoro aparece como un criado bufon español del siglo XVII. Lo de fingir que Jerusalem es puerto de mar y otros anacronismos que se notan en esta y en otras obras históricas, licencias ó descuidos son, de los que no puede disculparse á un Calderon, y que hacen desmerecer algun tanto sus obras, por lo demás ingeniosas é interesantes.

Que los galanes y las damas de las comedias de capa y espada no existieron, y que en ellos pinta un pueblo imaginario de caballeros andantes. Esto es completamente falso. Las comedias de capa y espada son unas comedias de costumbres hechas con todas las reglas del arte y con toda la verdad que en su género cabe. Descubre el Naturalista en las excavaciones de un terreno primitivo un hueso fósil, y por este dibuja la figura del megaterio que vivió muchos siglos antes del diluvio y desapareció para siempre de la tierra; así descubre el historiador las costumbres de pasadas edades por las que encuentra subsistentes al abrigo de la civilización en la más apartada aldea. Quien haya recorrido las provincias de Murcia y Andalucía, habrá observado sin reparar, los restos, por decirlo así, de las costumbres que Calderon nos pinta en sus comedias de capa y espada. La mujer, libre allí desde que nace, cualquiera que sea su clase, se constituye voluntariamente en estrecha clausura desde el momento en que un jóven se declara su amante. De todo punto preciso, indispensable, es que el aspirante á la mano de la

jóven pase un año cuando menos galanteándola dia y noche al pié de la ventana. Sépanlo ó no los padres, acepten ó no el partido que se ofrece á la *Niña*, este noviciado es ineludible; pasado que es, el jóven entra en la casa, y todo lo demás se hace á la moderna usanza. Si esto se ve en España á fines del siglo XIX, nadie dudará que aquellos galanes, aquellas damas que Calderon nos pinta, no son fingidos; y aquellos amores, aquellos desafíos, aquellas citas nocturnas no están alteradas de como sucedieron, sino en lo que ha sido preciso para ponerlas en escena.

En efecto, señores: era nuestra España en el siglo XVII un trasunto fiel de aquellos nobles hidalgos, que viniendo á ménos, conservaban aún el sentimiento de su dignidad, la delicadeza y el pundonor, la memoria de su nobleza y la pureza de su sangre azul. Por lo mismo que veian cómo, por el espíritu democrático que todo lo invade, su antiguo prestigio se les escapaba de las manos, tenían más en punto el conservar en sus puras formas los hábitos de sus antepasados. Así España, pronunciada en una espantosa y precipitada decadencia, vivia en el siglo XVII del recuerdo de lo pasado y tenía más orgullo que cuando el sol no se ponía en sus estados. Menguados sus vastos territorios, desechos y destrozados sus invencibles tercios de Flandes y Alemania; combatida interiormente por continuas disensiones y guerras civiles; reducida á la última miseria, sin agricultura, sin industria y sin comercio; dividida en tres clases, nobleza, clero y pueblo; éste ignorante, pordiosero y degradado, aquéllos instruidos, sí, pero faltos ya de recursos materiales para su subsistencia (porque dentro no los habia y ya no venian de fuera), se hacía aún la ilusion de ser como hasta allí la primera de las potencias. Y la córte ostentaba la fastuosa pompa y lujo, como nunca lo ostentara; la nobleza y la clase media, el orgullo y el fuero militar, la galantería y el carácter caballeresco y pendenciero, de que no

hicieran tanto alarde cuando con sus armas ponian en peligro la libertad de Europa; y el clero, el más instruido aún y el más político, diseminado por todas partes, y con un personal numerosísimo para atender á todo, mantenía la fé exaltada en la córte y en las aldeas, aprovechando sábiamente para sí y explotando exclusivamente la riqueza agrícola del país por medio de sus iglesias y monasterios. La lealtad, pues, ciega á la autoridad del monarca, el respeto á la religion, el carácter caballeresco y pendenciero y por ende la galantería á que respondía la mujer con sus tapados amores, el honor, los desafíos, las citas secretas, los mantos, eran una verdad, una costumbre tradicional que se conservaba con creces desde los tiempos caballerescos.

Calderon al pintar estas costumbres, quizás exagerándolas algo, estuvo inspirado como nunca lo ha estado poeta alguno. Comprendió intuitivamente que su mision era halagar á su pueblo presentándole el espejo en que se miraba, manteniéndole en la inocente ilusion en que vivía, y distrayéndole para que no reparara en sus recientes desgracias. Otro poeta hubiera compuesto tristes elegías á las calamidades de la patria: Calderon prefirió el ocultarlas. Por esto solo merecia Calderon la fama de que goza y el título del primer poeta nacional que mejor ha reflejado las costumbres de su patria. El pueblo, que aún en vida le colmó de aplausos y de honores, no hizo más que pagarle una sagrada deuda.

Que sin dejar de ser un poeta fanático, como dicen sus detractores, de la Inquisicion, es inmoral en sus comedias. El teatro no es la cátedra del Espíritu Santo, ni un establecimiento de enseñanza; si el poeta dramático moraliza ó instruye, lo hace indirectamente y solo cuando el ideal de su obra lo toma directamente de un asunto principalmente religioso, moral ó científico: cuando su plan ó fin es no más que presentar el cuadro bello que encuentra en la historia ó en las costumbres, se contenta con la moral que ofrecen és-

tas, y las refleja, buenas ó malas, como en sí aparecen. Su mision principal es proporcionar el placer al espectador, que no admite ni más ni ménos moralidad que la propia de su época. Solamente, pues, cuando la moralidad de las obras es menor que la de la época en que vive, es cuando al poeta dramático se le pueden hacer cargos. Calderon presenta á cada paso escenas de desafíos á muerte, porque esto era cosa corriente y bien vista en su tiempo; las damas abandonan el hogar doméstico y sin escrúpulo vagan por las calles en pos de sus amantes ó esconden á estos en su propio aposento, porque á la tirantez del decantado honor y del excesivo decoro tenian que oponerse como era natural los ardidés amorosos y tratos secretos. Pero aún así y todo, yo no veo la inmoralidad y liviandad en las comedias: en caso la veo en las costumbres de aquella época que nos retrata en ellas. Los galanes llevan á raya el respeto al honor de las damas, jamás se permiten descubrirlas el rostro si ellas desean ocultarlo, y cuando al fin libremente viene la seducción, esta se legitima como hoy con el matrimonio: el adulterio se castiga hasta con rigor por una simple sospecha en *El Médico de su honra*, y más equitativamente, imponiendo la misma pena al adúltero que á la adúltera en el drama *A secreto agravio secreta venganza*. Esto no es patrocinar el vicio.

Que en las comedias de Calderon, dicen tambien, escasean los caracteres. Esto tampoco es cierto: en el *Tetrarca de Jerusalem*, Herodes es el tipo perfecto del hombre celoso, que prefiere ver á su esposa ántes muerta que en manos de otro; en la que lleva por título *Cuál es mayor perfeccion*, se presentan tres caracteres diferentes; en Beatriz, la mujer prudente y discreta; en Angela, la dama necia; y en D. Antonio, el hombre indiferente para quien todas las mujeres son iguales y no se apasiona por ninguna: en otra titulada *No hay cosa como callar*, los protagonistas son un D. Pe-

dro, padre recto y severo que reprende seriamente por sus devaneos á su hijo, y un D. Juan, jóven calavera para quien son inútiles las amonestaciones de su padre: en el *Alcalde de Zalamea* no pueden retratarse mejor ya los tipos del rico y honrado labrador en Crespo, el del militar alojado en el Capitan y el del hidalgo pobre en D. Mendo; y para no citar más, todas las comedias de capa y espada son de carácter, pues en ellas se pinta la clase media española, esto es, el galan caballero y la dama noble.

Una observacion ocurrirá á cualquiera al llegar á este punto, y es que entre tantas comedias de costumbres no hay una tan sólo en que se reflejen las del clero. Fácilmente se adivina la causa: este no se presentaba nunca en escena porque por todos se le profesaba el más profundo respeto. Pero es lástima, porque si Calderon ó sus contemporáneos nos hubieran dejado escritos algunos cientos de comedias de este género como nos dejaron de las otras clases, sabríamos hoy con seguridad lo que pasaba en las cárceles de la Inquisicion y en sus procesos secretos, y si los retratos del padre Froilan y de la jóven Inés que Gil y Zárate nos pinta en su *D. Carlos el Hechizado*, son ó no verdaderos. Sabríamos tambien la vida íntima que hacian tantos millares de monjes en las celdas de sus conventos, y si mientras unos se extasiaban en la mística contemplacion ó en los estudios profundos, otros tenian en algun objeto mundano puesto su pensamiento, y experimentaban en medio de la soledad los ataques violentos de una pasion que hacía pedazos su corazon, ó desgarraba interiormente su pecho. Con una galería de retratos de esta clase que á primera vista echamos de menos, y la que poseemos de comedias de capa y espada, en las cuales se ve reflejada ya toda la clase media de la nacion, compuesta de nobles, hidalgos, caballeros y militares, tendríamos la coleccion completa de cuadros de costumbres españolas de los siglos XVI

y XVII, que son los más interesantes de nuestra historia.

Repútase tambien como defecto por los críticos ya citados, en las obras de Calderon, aquel lirismo, aquel discreto y aquel filosofar de los protagonistas en los momentos de más arrebató y pasión, cosa al parecer impropia y de mal gusto. Este precepto literario no rige con los españoles, que, dueños de una lengua rica y sonora, vamos al teatro, no solamente para gozar de la belleza del argumento, sino tambien del encanto de la versificación y de la armonía imitativa ó belleza musical de nuestro idioma. En vano aspirará entre nosotros á merecer los aplausos del público el poeta que, en cualquiera comedia que sea, no haga alto en medio de la más interesante escena, y no ponga en boca del galán y la dama una tirada de quintillas por el estilo de las que os he recitado de *El Mágico prodigioso*, ó una serie de décimas como las de *La vida es sueño*. Los autores dramáticos de tercero y cuarto orden, faltos de inspiración y de talento, nos presentan con mucha frecuencia juguetes en prosa, traducidos literalmente del francés, en los cuales ponen en boca de los personajes el lenguaje familiar, y en prosa salpicada de chistes de mal gusto, equívocos generalmente y alusiones groseras que el público (cosa extraña) no toleraría en ninguna parte fuera de aquel local; pero esto no es artístico, que la verosimilitud no debe confundirse con la realidad, y toda composición dramática debe escribirse en verso ó en alta y no rastrera prosa.

Por último, acúsasele á Calderon de oscuro y conceptuoso, al par que de desaliñado en su lenguaje. El desaliño que se nota en algunos pasajes no es suyo, es de los editores que imprimieron furtivamente sus obras, tomándolas de manuscritos incorrectos: él mismo lo declara en una de sus cartas, quejándose de esto en términos, que asegura no conocer muchas de ellas más que por sus títulos. En cuanto á la oscuridad y conceptismo, todo el mundo sabe que

esto era un defecto general en los poetas y prosistas de aquella época, pero en un grado más alto que el que aparece en las comedias de Calderon, de donde se deduce que léjos de deslucirse por este defecto, ántes merece, pues logró en gran parte lo que difícilmente logra un escritor, y es sustraerse en el estilo de la influencia de la moda.

Consignado, pues, queda, si no plenamente demostrado, que entre las diferentes opiniones de los críticos, la más acertada y más seguida es la de aquellos que considerando como clásico en su acepcion más lata, es decir, como modelo, el teatro español del siglo XVII, estiman á Calderon como el príncipe de todos nuestros poetas dramáticos. Los que le siguieron por espacio de más de un siglo ni áun pudieron espigar en el campo de la poesía dramática que Lope de Vega, Tirso de Molina, Alarcon, Rojas y Moreto habian explotado y él dejaba completamente apurado. Los más aprovechados, viendo lo raquítico de nuestros frutos, se apresuraron á importar de la nacion vecina nuevas producciones, mientras el campo de los ideales dramáticos, agotado, esquilnado, arrasado y yermo por el vendaval de los desastres sufridos en el reinado de Cárlos II y por las guerras civiles, descansaba y volvian tiempos más felices en que pudiera ser cultivado. Aún sobrevino á principios del siglo una terrible tormenta que todo lo arrasó con la invasion francesa y la guerra civil que duró más de treinta años; pero al advenimiento al trono de la jóven Reina Doña Isabel II volvió á nacer la semilla, y al calor del nuevo sol de la libertad brotaron nuevos ideales y floreció otra vez el campo de la poesía, mostrando en seguida nuevos y ricos frutos que se apresuraron á recoger D. Manuel José Quintana, Don Francisco Javier de Burgos, Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Breton de los Herreros, Artzembuch, Ruví, García Gutierrez y otros. Desde entónces á acá, ménos fecundo, sí, pero mucho mejor cultivado, no ha dejado de dar el campo de

nuestra literatura en el dramático, lo mismo que los demás géneros, excelentes frutos que todos admiramos; y de esperar es que en adelante los dé más abundantes y más sazonados aún porque el cultivo mejora la semilla, y este cuenta en vosotros, jóvenes alumnos, con muchos y muy robustos brazos.

A vosotros, sí, queridos discípulos, que desde los más tiernos años os dedicais al cultivo de las ciencias y de las letras, á los que sintais en vuestro pecho el fuego de la imaginacion y en vuestra frente el calor de la fantasía, toca recoger los frutos que en abundancia presenta el campo de la poesía dramática hoy otra vez convenientemente preparado. La historia de la antigüedad aparecerá de hoy en adelante más rica y más clara á la luz de la filosofía, y vosotros podreis, mejor que todos los que os precedieron, presentar los cuadros más sublimes, interesantes y bellos. La mitología no será en vuestras manos un cúmulo de monstruosas invenciones propias solas para ser representadas en una zarzuela bufa, sino un tesoro de preciosas alegorías al través de cuyo trasparente velo se verá la infancia de la humanidad; y vuestros dramas históricos serán tan verdaderos y semejantes como los dibujos tomados á la vista de las excavaciones de Herculano y Pompeya. La religion, voluntariamente seguida, y no impuesta por el terror de la Inquisicion, católica sin fanatismo, adorada de los españoles por la tradicion y avivada por la elocuencia de nuestros predicadores, aparecerá en vuestras comedias dorando las mejores escenas con el sentimiento de la caridad cristiana, que es el sentimiento más dulce y más bello del corazon humano. El honor militar, el valor personal y fidelidad á las banderas de la patria no estarán reñidos con la delicadeza de costumbres ni con la cultura moderna, y nuestros soldados dejarán atrás á los antiguos tercios de Flandes y Alemania en las campañas de Africa y de Cuba.

La política tendrá entrañas, y vosotros condenareis á voz en grito en vuestros dramas las revoluciones armadas y las guerras civiles, maldiciendo el abuso de la fuerza ó de la intriga, ensalzando la ley de las mayorías y de la opinion. La moral será más pura que nunca, por lo mismo que habiendo más tolerancia á nadie se le obligará á aparentar hipócritamente lo que no siente en materias de conciencia y opinion; y la mujer aparecerá radiante de hermosura, pudiendo seguir, sin faltar al decoro, los impulsos de su pasión y tener sus citas, sin necesidad de cubrirse el rostro con el manto, en medio de los salones y á la luz del sol. Las ciencias y las artes, con sus portentosos adelantos, harán cambiar en cada lustro la faz de la sociedad, ofreciéndose en las costumbres para vuestras comedias cada día más variados y más hermosos cuadros; y el talento ó el trabajo serán en vuestros dramas las virtudes que más ennoblezcan al hombre, presentándolas en muchos de ellos como tema obligado ó como fin moral.

Esto es lo que vosotros teneis que dramatizar, pero principalmente la historia, que con su filosofía ofrece hoy un campo nuevo é inagotable; las costumbres de actualidad, cada día más variadas, pero idealizándolas, no copiándolas al desnudo; las artes todas, que ya es tiempo que salgan á lucir sus galas; y la ciencia, que cultivada ya en grande escala, os ha de dar el más abundante material.

Pero cuando confusos y dudosos no tengais ropaje con que vestir estos cuadros; cuando en el plan y la trama de vuestras obras no sepais cómo arreglaros; cuando querais estudiar los sentimientos generales del hombre y de la mujer; cuando necesiteis modelos de formas y de estilo, recurrid á los poetas del siglo de oro, sobre todo al eminente Calderon de la Barca; leed con frecuencia sus obras, recrearos en ellas dulcemente, y cuando en virtud de esta continua lectura hayais aprendido, como de seguro aprendereis,

á manejar los mil y mil resortes dramáticos con que una idea trascendental ó un pensamiento filosófico profundo se pueden vaciar en una historia fingida, y adornar despues esta con toda clase de incidentes y episodios combinados á vuestro gusto, procurad en seguida apartar los ojos, volved la vista al nuevo ideal que os ofrece la civilizacion presente, y echaros en brazos de vuestra musa obedeciendo ciegos á su inspiracion,

HE DICHO.

---

## Á DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

EN SU SEGUNDO CENTENARIO.

---

Que toda la vida es sueño,  
y los sueños sueños son.

(CALDERON, en *La vida es sueño*.)

Desde el humilde rincon  
Donde habita el escolar,  
Desaliñada cancion,  
Fruto de mi admiracion,  
Voy á atreverme á entonar.

España, nacion sin par,  
La patria de héroes sin cuento  
Ya nobles al perdonar,  
Ya bravos al pelear,  
Ya grandes por su talento,

Un floron debe añadir  
A su corona de gloria  
Y erguida puede decir:  
Soy madre del que al morir  
Siguió viviendo en la historia;

Del que la literatura  
Más ha logrado elevar;  
De aquél que á la tumba dura  
Llamó su mayor ventura,  
Pues *morir es despertar*;

Del que es príncipe del drama,  
Flor del teatro español,  
Cuyo mérito proclama  
La trompeta de la fama  
Por do quier alumbra el sol;

Del razonador profundo  
Que creó en su magno empeño  
Al príncipe Segismundo  
A la admiracion del mundo  
En la inmortal *Vida es sueño*.

Al hombre que ni un instante  
Morirá en mi corazon;  
Aquél por quien arrogante  
Dirá el oscuro estudiante:  
¡España por Calderon!

MARIANO GRANADOS Y CAMPOS,

alumno de 3.º año.

Soria, 14 de Mayo de 1881.

---

SONETO.

Soñar profundamente es nuestra vida,  
Toda ella un sueño es, una ilusion,  
Ilusion que se ve desvanecida  
Por la muerte, del sueño conclusion.

Frase teneis aquí que nunca olvida  
Quien la luz vió en la Ibérica Nacion,  
Una frase que siempre va seguida  
Del nombre de Don Pedro Calderon.

Don Pedro Calderon, sér inmortal  
Ante quien el más grande es muy pequeño;  
El poeta de fama universal,  
El hombre que escribió *La vida es sueño*,  
Y en ello con talento sin igual  
Del mundo descubrió su vano empeño.

LUCIANO JARNES IZQUIERDO,

alumno de 3.º año.

Soria, 14 de Mayo de 1881.

